

distancia, para llegar á tiempo de prestar auxilio eficaz; y cuando luego se vieron errar por el campo los caballos de los franceses que sus escuderos habian abandonado para salvarse ellos, apoderóse tan grande terror del ejército, que una gran parte de los húngaros y válcacos echaron á correr también hácia el Danubio. El valiente rey Segismundo no perdió su serenidad, y marchando contra el enemigo con el resto de sus magyares, los alemanes y otros cruzados, consiguió dispersar á los genizaros, que entre tanto habian vuelto á reunirse; pero cuando quiso arrojarse sobre la numerosísima caballería turca, el contingente servio mandado por Estéban Lazarevitz, que formaba parte de ella, decidió esta segunda batalla á favor de los turcos, que hicieron otra nueva carnicería y muchos prisioneros. Los demás huyeron hácia el Danubio, en cuyas aguas perecieron muchísimos. Segismundo, el arzobispo de Gran, el gran maestre de los caballeros de San Juan y algunos príncipes alemanes pudieron refugiarse á bordo de un buque, que los llevó rio abajo al Mar Negro; desde allí protegidos por los cruceros venecianos los condujo á Constantinopla, y finalmente volviéndolos á tomar á bordo, dejó al gran maestre de San Juan en su isla de Rodas y llegó con los demás príncipes el 2 de febrero de 1397 á las aguas de Dalmacia.

Segun los datos mas verídicos, tuvo el ejército cristiano 12,000 muertos y quedó, segun hemos visto, completamente disperso. Los turcos pagaron cara su victoria, pues tuvieron mas de 20,000 muertos. El sultan Bayaceto vengó el degüello de los prisioneros de Rahova por los franceses y sus pérdidas recientes haciendo matar á sangre fría al dia siguiente de la victoria á varios miles de sus prisioneros cristianos. Sin embargo, los mas distinguidos, en particular el conde de Nevers y sus compañeros, fueron llevados de orden suya al Asia, donde quedaron hasta que un rescate de 200,000 ducados les devolvió la libertad en el mes de junio de 1397.

La impresion que produjo en los pueblos cristianos la noticia de la inesperada y completa derrota cerca de Nicópolis fué terrible, bien que sus consecuencias quedaran por lo pronto circunscritas á la península balcánica. El sultan Bayaceto se hallaba entonces atormentado por la gota; pero aunque no lo hubiera estado, no habria llevado sus huestes victoriosas hasta la capital de Hungría aprovechando la desorganización interior de aquel país, porque su claro entendimiento le hizo comprender la situación difícil de su imperio en Asia, y la debilidad de su posición en el bajo Danubio, donde todavía no le era posible establecer una base segura de operaciones para una nueva guerra al otro lado del rio. Limitóse en vista de estas consideraciones á hacer, antes de pasar al Asia, una batida feroz por el país entre el Danubio y el Save, mientras otras columnas turcas asolaban la Bosnia oriental. A Evrenos-beg dió orden de invadir la Valaquia para castigar al príncipe Mircha por haber hecho causa comun con el rey de Hungría, pero allí fué duramente escarmentado el viejo general turco. Al propio tiempo Bayaceto incorporó definitivamente á sus Estados el territorio del príncipe Strasimiro de Vidin, y además dispuso que en las comarcas al Norte de los Balcanes, particularmente en la Bulgaria oriental, se estableciesen grandes masas de colonos turcos, á medida que se aumentaba la emigración de los búlgaros, los cuales huyendo de la opresión cruel de sus nuevos y fanáticos amos, se retiraron unos á los valles altos de los Balcanes, y otros al territorio válcaco. En aquella época empezaron también otros búlgaros en gran número, especialmente de la secta bogomila segun algunos autores, á convertirse al islamismo; y desde entonces hasta hace poco han sido muchos los búlgaros mahometanos en la comarca de Lovach y en general en la

Bulgaria central entre los rios Isker y Osem, y en la Rodope al Sud de los Balcanes. Sin embargo jamás llegaron los renegados búlgaros á tiranizar á sus compatriotas cristianos, como tiranizaron los renegados bosniacos á los suyos.

Mas que nadie sintieron los efectos fatales de la gran batalla de Nicópolis los restos del imperio bizantino á orillas del Bósforo y los Estados de la Grecia. Contra estos no tardó en dirigir el sultan su política malévolá y hostil á todo pueblo cristiano; y no solamente el príncipe Teodoro de Misitra sino también los mismos venecianos tuvieron que sufrir los efectos de su ira por haberse atrevido á hacerle levantar en 2 de setiembre el bloqueo de Pera con su escuadra aumentada con buques de Rodas, Chio y Lesbos, y mandada por Mocenigo, y haber protegido la huida del rey Segismundo. La política vengativa del poderoso sultan impuso al gobierno de la república de Venecia la mayor precaución mientras conservó la esperanza de hacer la paz con tan terrible enemigo, del cual no tardó en saber por dolorosa experiencia, que no tenia consideración á nadie que la fuera inferior en fuerzas. Esta esperanza necia y vana hizo que la república no aceptara á fines de abril del año 1397 la proposición de Teodoro de Misitra de darle la plaza de Corinto. Al mismo tiempo la república de Génova, por espíritu de rivalidad, se opuso en enero del mismo año á rasgar el tratado de Turin y á fortificar otra vez la isla de Tenedos, bien que sus disensiones interiores interminables habian sido causa de que esta república no pudiera intervenir en los asuntos de Levante, y de que en el año anterior se hubiera visto obligada á reconocer la soberanía de la corona de Francia.

Demasiado pronto se presentó el anciano Evrenos-beg con numerosas fuerzas (50,000 hombres), para asolar sin contemplación ni misericordia toda la Grecia meridional; y como las obras de fortificación del istmo no estaban todavía suficientemente adelantadas por servir de defensa seria, penetró la hueste turca con facilidad en la península, atravesó el principado de Acaya, obligó al príncipe Pedro de San Superán á reconocer la soberanía del sultan y pagarle tributo, y llegó hasta Motone saqueando todo el país. Su segundo Yacub-bajá atacó la plaza de Argos que pertenecía á la república de Venecia. La ciudad capituló el 3 de junio de 1397 á consecuencia de la desunión que reinaba en ella y en parte también por la cobardía del comandante veneciano y de las demás autoridades. No valió á los infelices habitantes la capitulación, porque la ciudad fué entrada á saco y 14,000 personas fueron vendidas como esclavas. El príncipe Teodoro de Misitra fué derrotado el 21 de junio cerca de Leondari en la Arcadia meridional y también tuvo que hacerse tributario del sultan.

Estas desgracias no sirvieron de escarmiento á los potentes de la península, ni tampoco las expediciones de rapiña que los turcos hicieron casi anualmente á sus respectivos territorios. El príncipe Teodoro por lo menos se entendió con Venecia, y despues con la orden de San Juan, á la cual cedió en el año 1400 algunas plazas fuertes, entre ellas Corinto que volvió á perder en 1404. En cambio el soberano de Acaya, Pedro de San Superán, de cuya ineptitud como político ya hemos hablado, cometió la nueva necesidad de aliarse con los turcos contra la orden de San Juan, por mera envidia y con ciego desprecio de las excelentes relaciones que mantenía con el papa Bonifacio IX. Con sus aliados saqueó en 1401 las posesiones de la orden, y en noviembre del año siguiente murió. Su viuda María Zaccaria, natural de Génova, fué expulsada del principado en 1404 por su sobrino traidor Centurion. Estos y otros sucesos, como la alianza de Antonio I Acciajuoli con los turcos, con cuyo auxilio conquistó á Atenas en mayo de 1402 y á fines del año siguiente tam-

bien la Acrópolis defendida por las tropas de Venecia, pierden su importancia relativa ante un inmenso suceso histórico que entonces ocurrió en Asia y puso á dos dedos de su total ruina, todo el poder inmenso de los otomanos. Este suceso fué una nueva invasión tártara del khan Timur, de la cual hablaremos luego.

La suerte mas dura fué la que preparó la desgraciada jornada de Nicópolis al pobre emperador de Constantinopla. Apenas regresó Bayaceto del campo de batalla, intimó al angustiado Manuel Paleólogo el orden de entregarle su capital, y al recibir su contestación negativa restableció el bloqueo y aumentó su rigor, ocupando además todas las comarcas y plazas que quedaban al imperio y que pudo someter. Parecía que el sultan queria apresurarse á barrer los últimos vestigios del poder bizantino y á completar la unidad política y militar del suyo, quizá con el objeto de asegurarse una solidísima base á sus espaldas para cuando estuviera ocupado en Asia en la mortífera lucha con los mogoles que se vislumbraba en lontananza.

Sin embargo, la conquista de Constantinopla por la fuerza de las armas era entonces todavía una empresa difícilísima y larga, y por esto prefirió el sultan arruinar el imperio en el interior suscitando á Manuel Paleólogo un competidor y sembrando con él la discordia entre los bizantinos. El bloqueo por tierra y el del Bósforo desde el castillo Güselchehisar que el sultan habia construido á este efecto en la costa asiática, así como el de los Dardanelos desde la ciudad de Gallipoli que desde algun tiempo habia vuelto á estar en su poder, causaban grandes perjuicios á la ciudad de Constantinopla, porque le cortaban las comunicaciones y el aprovisionamiento del lado del Asia; pero no eran suficientes para rendir la gran capital por hambre. Verdad es que la pobreza cundía en el interior; que muchos habitantes habian abandonado sus hogares huyendo de la miseria; que las calles y plazas presentaban en todas partes las huellas de una decadencia rápida con sus palacios derruidos, y vacíos los espacios que habian estado ocupados antes por obras de arte, por columnas, mármoles preciosos lisos y adornados, mosaicos y otros objetos que en masa se habian ido vendiendo para hacer dinero; pero en medio de tan tristes ruinas de pasada grandeza y poderío, el honor y el deber obligaron al emperador á permanecer firme en su puesto.

El pretendiente que puso contra él en campaña el astuto turco fué Juan VII, el cual en cambio de la renuncia á sus pretensiones, habia recibido en el último pacto celebrado la ciudad y territorio de Selimbria y sus anexos. A este príncipe reconoció el sultan oficialmente por emperador legítimo para sacar á sus partidarios de su inacción y ponerles en movimiento. El pretendiente en cambio le prometió cederle á Constantinopla á su subida al trono, cosa que hizo Juan VII probablemente con la intención de salir á su tiempo del compromiso cediendo á los turcos un barrio ó arrabal como el que poseían los genoveses, y con iguales privilegios políticos y eclesiásticos.

Bajo esta nueva presión, Manuel desde fines del año 1397 envió embajadas á Roma, á las demás potencias italianas, á Inglaterra y á Francia para impetrar su auxilio en armas y dinero. En la corte francesa alcanzó que el mariscal Boucicaut y otros nobles reuniesen una pequeña hueste de 600 escuderos, 600 soldados de á pié y 1,000 ballesteros, los cuales embarcados en una pequeña escuadra, reforzada luego con buques venecianos, genoveses y rodios salieron de Aiguemortes y entraron en el Cuerno de Oro en mayo de 1399. El bizarro y perito Boucicaut limpió muy pronto las inmediaciones de Constantinopla y de Pera de las tropas turcas, y con sus buques hizo expediciones muy fructuosas á las

costas asiáticas ocupadas por los turcos; pero también se convenció de que nada de esto podía salvar á la capital, por cuya razón aconsejó al emperador que se aviniera con su sobrino, el pretendiente, tanto mas cuanto que el sultan empezaba ya á sospechar de él; que le encargara de la regencia, y él fuese personalmente á recorrer las cortes occidentales para excitarlas á una nueva empresa contra los otomanos. Así se hizo en efecto. Bajo la palabra y por la mediación del mariscal pasó Juan VII sin prevenir al sultan, de Selimbria á Constantinopla. Allí se reconciliaron los dos Paleólogos tan sinceramente que Manuel nombró co-emperador á su sobrino y le encargó el gobierno durante su ausencia. El mariscal francés dejó una división de su ejército á las órdenes de Juan de Chateaurant y cuatro buques de guerra genoveses para la protección de Constantinopla y de Pera, y se embarcó con Manuel para el Occidente en 10 de diciembre de 1399, desembarcando en Motone á la emperatriz y sus hijos para dejarlos bajo la protección de Venecia.

Manuel fué recibido en las cortes de la Italia septentrional, y mucho mas en Paris adonde llegó el 3 de junio de 1400, y luego en Inglaterra á fines de aquel año, con grandes agasajos, recibiendo promesas de auxilio y del rey de Francia un subsidio anual; pero en realidad nada mas, porque por desgracia corrió entonces por todo el Occidente la noticia recibida con grandísima alegría, de la destrucción del poder turco por los mogoles.

Juan VII se vió durante la ausencia de Manuel en grandísimos apuros en frente del sultan, que enfurecido por su defección ocupó á Selimbria y exigió con terribles amenazas la entrega de la capital; pero como buen bizantino supo disponer en su favor á fuerza de liberalidades al gran visir Alí, el confidente mas íntimo del sultan, el cual arregló el asunto de manera que el regente pudo desviar el peligro mayor admitiendo en la capital un cadí turco, construyendo una mezquita para los residentes mahometanos y obligándose á un tributo anual de 10,000 ducados. No por eso aligeró el sultan el bloqueo, ni cesó de mortificar á los bizantinos y cometer arbitrariedades de toda clase como la ocupación de Salónica en 1401.

Entonces fué cuando el destino envió al Asia Menor á uno de sus instrumentos de venganza mas terribles para castigar la insolencia del turco. Desde una serie de años habian llegado desde el interior del Asia noticias cada vez mas terribles de los horrores y crueldades feroces cometidos por un jefe poderosísimo mogol, descendiente de Gengis-Khan, de aciaga memoria. Este jefe era, como Gengis, general invicto, de talento vasto y penetrante, conquistador insaciable, político y diplomático eminente en opinión de los orientales, verdugo sin misericordia y sin sombra de humanidad, destructor de seres humanos como la historia no ha conocido otro, sobre todo cuando se trataba de allanar obstáculos y resistencias contra su gobierno, y hasta de enemigos que en lucha legal le habian resistido con patriotismo y valor; pero protector y amigo apasionado de los representantes de la cultura asiática, como médicos, poetas, músicos, eruditos, astrónomos y doctores de la ley. Este terrible azote que tenia aterrorizados á todos los países, desde la China hasta la frontera del imperio otomano, hombre cuya vida fué una guerra continua y que dejó tras sí solo desiertos, ciudades destruidas y pirámides de cráneos humanos, era el Khan Timur de Kech en la Transoxiana, llamado por los suyos *El Ogro*. Habia nacido en el año 1335; por el año 1369 habia usurpado el trono del Corasan y de la Transoxiana en perjuicio del emir Husein, de la dinastía de los Chagatai, en Balj, y habia establecido su corte suntuosísima en Samarcanda. Una vez en el trono concibió la idea de destruir to-

das las dinastías establecidas sobre las ruinas del imperio de Gengis Khan, y reunir otra vez bajo su cetro todos los dominios inmensos de aquel famoso héroe mogol.

Después de haber conquistado la Caresmia y Candahar, es decir, después del año 1380, sometió á su autoridad una tras otra todas las comarcas de la Persia, los países al Sur del Cáucaso, luego la Armenia y la Mesopotamia. En 1390 era ya dueño de las vastas regiones que se extienden entre el Mar Caspio y el Mar Negro, habitadas por los kipchaks, rama de kirguisios llamada la tribu ú horda de oro; y después de dejar asolados los países atravesados por el Volga, el Don y el Dnieper habitados por los rusos, devastó en 1394 las comarcas marítimas del Océano Indico y del golfo Pérsico, y conquistó las riquísimas cuencas inferiores del Tigris y del Eufrates. En 1398 emprendió su expedición á la India, tomando por blanco principal á Delhi y señalando su camino como siempre con ríos de sangre. Allí, á orillas del Ganges, llegaron á oídos de Timur voces del Asia occidental que le determinaron á dirigir sus fuerzas contra el poderoso descendiente de Osman.

Atendida la índole de ambos soberanos asiáticos, y particularmente la insaciable sed de conquistas de Timur, era inevitable de cualquier modo un conflicto entre ambos. Esta convicción determinó seguramente al hijo avisado y sagaz de Amurates á acelerar la absorción de los emiratos seldyúcidas que habían quedado independientes al Este y Sur de su imperio para no verse inquietado por este lado cuando llegara el momento de medir sus fuerzas con las del invicto khan tártaro. En esta empresa solo ofrecieron resistencias peligrosas los emires de Sínope y Castamuni y Ali-beg de Caramania. En 1391 era el sultan ya dueño de Comia y de la mitad occidental de Caramania; y habiendo caído en 1392 Ali-beg prisionero en la batalla decisiva librada en la llanura de Akchái, fué muerto por el general otomano Timurtach, con lo cual el resto de su territorio cayó en poder del sultan. Poco después reconocieron la soberanía de Bayaceto los habitantes, también de raza turcomana, del Noroeste del Asia Menor, á saber, las ciudades de Caisariye, Tocat y los de Sivas, cuyo belicoso jeque Casi-Burhan-edin había muerto en la guerra con el príncipe de Diarbekir; y finalmente fué desposeído en 1393 el mas terco y mas tenaz de los adversarios seldyúcidas, el emir Cötürüm y su hijo de la familia de los emires de Castamuni. Consecuencia de esto fué que los miembros de las familias desposeídas de todos estos emiratos de Kermian, Aidin, Menteche, Sarujan y Castamuni buscaron auxilio en la corte de Timur, mientras otros príncipes, que habían incurrido en el desagrado del terrible khan mogol, como el khan Ahmed-Dchelair de Bagdad y Carayusuf de Diarbekir, se pusieron bajo la protección de Bayaceto.

Los cristianos de Georgia y Chirvan se declararon contra el sultan turco, cuyas tropas expulsaron de su territorio de Ersendehan al príncipe armenio Taharten por no decidirse abiertamente en su favor y en contra del khan mogol. Esta expulsión dió lugar á una correspondencia muy acre entre el khan y el sultan, y decidió al primero á invadir el Asia Menor por el lado Nordeste después de devastar cruelmente la Georgia.

A los diez y ocho días de sitio cayó en su poder la plaza de Sivas; los habitantes mahometanos fueron vendidos por esclavos; pero los cristianos y la guarnición fueron pasados á cuchillo por orden del khan mogol. A la cabeza de las tropas de la guarnición figuraba Ertojrul, el hijo mayor del sultan Bayaceto como comandante de la plaza; pero no por eso se libró de la muerte, lo cual naturalmente excitó el coraje del sultan que no pensó desde entonces mas que en tomar

vinganza. Por eso el imperio bizantino pudo prolongar su agonía medio siglo mas.

Ciego de furor Bayaceto dedicóse á hacer con una energía sobrehumana sus preparativos y armamentos para una lucha á muerte; pero su contrario, el khan Timur, no se dió prisa alguna á medir con él sus armas. Muy al contrario, dirigióse en 1401 al Sudeste contra el sultan mameluco Bercuc de Egipto, sembrando el terror por donde pasaba con sus hordas feroces, enardecidos sus instintos destructores esta vez por el fanatismo religioso, pues aunque mahometanos unos y otros, pertenecían los mogoles á la secta siita y sus contrarios á la sunnita. Los horrores que cometieron los mogoles en las ciudades florecientes de la Siria solo fueron excedidos por los que cometieron en Bagdad, después de haber tomado esta capital defendida largo tiempo con gran valor por sus habitantes y por la guarnición.

En la llanura de Carabaj estableció Timur su campamento de invierno, desde el cual se propuso marchar en la primavera del año 1402 contra el sultan Bayaceto. No faltaron en aquel campamento para excitarle mas á esta empresa muchas embajadas y agentes de potentados europeos. Juan VII y el podestá genovés de Gálata consiguieron ponerse en relación con el terrible khan por la vía de Trebisonda por medio de frailes y misioneros dominicos, haciéndole saber que estaban prontos á pagarle el tributo que hasta entonces habían pagado al sultan Bayaceto y á prestarle su auxilio en la guerra contra los otomanos. Los mismos religiosos sirvieron también de mediadores al rey Carlos VI de Francia, que como amigo del emperador Manuel y soberano feudal de la república de Génova, tenía interés en entablar relaciones con Timur para animarle á hacer la guerra á los turcos. El khan tártaro apreció todos estos ofrecimientos en lo que valían y pidió que los bizantinos y genoveses facilitasen buques de guerra para aislar á los turcos de Europa de sus hermanos del Asia Menor. También al emperador Manuel III de Trebisonda (1) que Timur había hecho tributario suyo después

(1) No podemos trazar aquí sino á grandes rasgos la historia interesantísima del imperio de Trebisonda, especialmente desde la muerte del excelente emperador Alejo II, ocurrida en 1330. La muerte de Alejo II abrió un período de desorganización y desorden. Su hijo Andrónico III solo reinó poco mas de 18 meses, dejando por sucesor á Manuel II que á la sazón contaba ocho años de edad; lo cual dió lugar á divisiones apasionadas entre los grandes. En el otoño de 1332, á la muerte del joven emperador, le sucedió su tío Basilio, el cual se casó con Irene, hija natural del emperador bizantino Andrónico III; y teniendo contra sí la poderosa milicia local llamada de los escolarios, se formó una guardia extranjera de mercenarios occidentales, bizantinos y georgianos. Este emperador murió repentinamente en abril de 1340, y su viuda tomó las riendas del gobierno; pero como extranjera tuvo contra sí la citada milicia, una gran parte de la nobleza, del pueblo y de la misma guardia extranjera. Este partido numeroso, que estableció su centro en el famoso y vasto convento de San Eugenio, provocó una guerra civil que la emperatriz dominó destruyendo el citado convento y su magnífica iglesia, en la cual los sublevados se habían hecho fuertes; pero el carácter ligero de aquella mujer y la ira del pueblo al ver que no supo impedir la destrucción de los arrabales y de las factorías de los extranjeros en la capital por los turcomanos de Diarbekir á principios del año 1341, acarrearón su pérdida. El pueblo aclamó por emperatriz en julio del mismo año á una hija de Alejo II, la monja Ana, que casi sin lucha se sentó en el trono. Irene abandonó el país, pero en setiembre del año siguiente murió asesinada en otra sublevación armada, la cual puso en el trono con el nombre de Juan III á un hijo de Miguel, hermano menor de Alejo II, que á la sazón vivía en Constantinopla y solo contaba veinte años, mientras su padre Miguel estaba prisionero en la ciudad de Enea en Iliria. No tardó Juan III en reñir también con los que le habían elevado al trono, los cuales en mayo de 1344 proclamaron emperador á su padre Miguel. Este procuró luego deshacerse de los jefes de la nobleza del interior y quitar su preponderancia excesiva á la milicia, que eran los dos elementos mas discolos y poderosos con que habían tenido que luchar sus predecesores; pero esto no impidió que la misma milicia en otra revolución apoyada por Cantacuzeno en Constantinopla

de sofocar un levantamiento de los georgianos, dió orden el gran-khan de armar sin dilación 20 buques de guerra.

El invierno de 1401 á 1402 pasó escribiéndose mutuamente cartas Timur y Bayaceto, correspondencia que aumentó hasta el mas alto grado la cólera de ambos. El khan empezó las hostilidades invadiendo la Armenia turca al principio la primavera del año 1402; tomó las fortalezas de Ersendchan y Cumaj, desde donde avanzó sobre Sivas y desde allí á Caisariye rodeando así los desfiladeros que sabia estaban bien defendidos, y finalmente bajó á la orilla de Angora defendida por Yacub-beg, y puso sitio á esta ciudad.

Bayaceto, entre tanto, había reunido un ejército de 90,000 á 120,000 hombres, que comprendía numerosos contingentes europeos, en especial serbios; pero el espíritu de estas tropas estaba muy léjos de asemejarse al de los mogoles, que idolatraban á su khan, mientras que en armamento y disciplina, sin hablar del número, eran superiores á los turcos, entre los cuales reinaba el descontento casi general por el carácter del sultan, y un espíritu discolos peligroso. Bayaceto, dominado solo por la ira, había impuesto á sus soldados fatigas sobrehumanas; había descuidado en gran manera la manutención de las tropas, y en el pago del sueldo había mucha irregularidad. Además como los turcos no iban á pelear con cristianos, les faltaba el entusiasmo religioso. Lo peor, sin embargo, fué que el sultan, no queriendo aceptar la opinión de sus generales que le aconsejaban dilatar la guerra evitando las grandes batallas atendida la inmensa superioridad numérica del enemigo, se empeñó en trabar en seguida una batalla decisiva y el resultado fué contrario á sus esperanzas.

Timur tan pronto como tuvo noticia de la aproximación del ejército turco al llano de Angora, levantó el sitio de esta ciudad y se retiró á un campamento fortificado, no sin cortar antes el agua potable á los de Angora, y procurando al propio tiempo por medio de sus agentes que los contingentes de los países seldyúcidas, á cuyos emires Bayaceto había depuesto, desertaran á la primera ocasión. Pronto se vieron frente á frente los dos ejércitos y llegaron á las manos el 20 de julio de 1402 en la llanura de Chibücabad al Noroeste de Angora. Bayaceto apoyó su ejército en una eminencia que se elevaba á sus espaldas. Delante de su línea de batalla situó algunos millares de arqueros y un número de elefantes. El ala derecha de la línea principal estaba formada por la caballería asiática acaudillada por Suleiman, hijo mayor del sultan, y 10,000 coraceros serbios mandados por su rey Estéban, cuñado del sultan. Bayaceto con sus tres hijos menores, Isa, Muza y Mustafá, mandaba el centro compuesto de genzaros; y componían el ala izquierda tropas europeas. Las re-

le destronara también en el mes de setiembre del año 1349. El anciano y achacos emperador había restituido á los genoveses su factoría fortificada de Leontocastro para ahorrar á la capital días de luto, porque los genoveses amenazaban atacarla con su escuadra después de haber asolado la ciudad de Cerasunto en el año 1348 para vengar un ataque sangriento que el pueblo de Trebisonda había cometido contra comerciantes del Occidente. Esta destitución fué la causa del destronamiento. El sucesor de Miguel fué Alejo III, joven de doce años, hijo natural de Basilio. Empezó su reinado con la restauración del convento de San Eugenio; pero durante mucho tiempo los diferentes partidos siguieron conmoviendo el pequeño imperio. El emperador, al cual no faltó energía ni habilidad diplomática, y que dotó á su país, y muy particularmente á su capital, de muchas y soberbias iglesias, conventos y hospicios, se afirmó por fin en el trono; pero entonces tuvo que luchar, ora con los genoveses, ora con los turcomanos sus vecinos. En el año 1390 le sucedió á su fallecimiento su eminente hijo Manuel III, en cuya época el imperio de Trebisonda comprendía la faja marítima desde Batum hasta Cerasunto que se hallaba en estado floreciente, y era desde la decadencia del poder seldyúcida, enteramente independiente. Manuel III fué bastante prudente para hacerse vasallo de Timur y preservar á su país de la plaga de los mogoles.

servas estaban mandadas por el hijo menor del sultan, Mahomed, con algunos de los generales turcos mas peritos. La numerosísima hueste de Timur estaba formada en dos líneas de batalla, dividida cada una en muchas secciones mandadas todas por príncipes, miembros de su familia. El ala derecha de la primera línea mogola estaba reforzada con tropas auxiliares turcomanas; formaban el centro 80 regimientos; y las reservas, compuestas de 40 regimientos, estaban mandadas por Timur en persona.

A la madrugada empeñóse la batalla. Al principio se inclinó la victoria en favor de los otomanos, cuyas dos alas combatieron con valor y fortuna, principalmente los coraceros serbios contra cuyas armaduras nada pudieron los mogoles; pero habiéndose las dos alas dejado llevar demasiado léjos por su ardor guerrero, temió Bayaceto que el enemigo las envolviera; y en lugar de avanzar con el centro hacía ellas, envió á los jefes la orden de retroceder á su posición primera. Este movimiento fué tomado por los mogoles por huida, y enardecidos se lanzaron sobre ellas con tanto entusiasmo é ímpetu que no las dejaron formarse. En aquellos momentos aciagos para Bayaceto, las tropas seldyúcidas se pasaron á los mogoles, en cuyas filas sabían que se hallaban sus emires, y dando media vuelta atacaron á sus compañeros otomanos. Entonces estos se desbandaron y fueron en su mayor parte acuchillados, con lo cual quedó decidida la jornada á favor de Timur. Pocas divisiones turcas lograron conservar el orden en la retirada y salvarse. El príncipe Suleiman consiguió llegar á Brusa porque los serbios cubrieron su retirada, y Mahomed pudo ganar las sierras del Este. Bayaceto se mantuvo impávido en su puesto con sus 10,000 genzaros hasta que vió perdida la acción y aproximarse la noche; entonces buscó su salvación también en la fuga, pero no la logró, porque él, su hijo Muza y varios generales suyos cayeron prisioneros. El príncipe Mustafá había desaparecido, habiendo perecido probablemente en el combate y quedado confundido entre los demás muertos; solo el príncipe Isa logró penetrar en la Caramania.

El ejército turco estaba aniquilado y el imperio de los otomanos yacia hecho jirones á los pies del khan mogol. Triste fué la suerte del sultan tan súbita y terriblemente precipitado al polvo desde la región mas elevada de la soberbia humana. Cuando fué presentado al vencedor, Timur le trató contra su costumbre con mucha generosidad haciéndole su cautiverio tan llevadero como era posible, hasta que una tentativa del príncipe Mahomed para libertar á su padre, descubierta á última hora, obligó al khan á vigilar á su prisionero estrechamente. Desde entonces Bayaceto se vió obligado á seguir al khan en todas sus expediciones, llevado en una litera á manera de jaula. A esta pena se agregaron las noticias mas aflictivas, y la que mas le impresionó fué la toma de su capital Brusa que fué bárbaramente devastada; los vencedores se llevaron sus tesoros y sus mujeres, y entre estas últimas la esposa favorita de Bayaceto, la hermana del rey de Servia. Esta noticia le mató: murió el 8 de marzo de 1403 en Akcher en el país de Hamid, cuando Timur se aprestaba á regresar á su capital Samarcanda. El príncipe Muza, á quien el vencedor había destinado para lugarteniente suyo en Brusa, pudo antes de concluir aquel año depositar el cadáver de su padre en la mezquita que este había hecho construir en su capital.

Hasta entonces Timur no había abusado como solía de su victoria de Angora. No entraba en su plan llevar sus armas á Europa, ni le sedujo la gloria de enseñorearse de Constantinopla, tanto menos cuanto que el emperador se apresuró mas que nunca, después de la catástrofe de Angora, á pagar al gran mogol con la mayor puntualidad su tributo y